

VIII

*malo es que, aquí, no se saca de éllo ni el capital. ¿Tiene Ud. vocación? . . . pues, lárguese de aquí, y caiga Ud., allá, en París ó en Madrid, donde el verbo se ha hecho hombre en las bienaventuradas personas de Rubén Darío, José Santos Chocano y Enrique Gómez Carrillo.*

*No le desea á Ud. menos éxito de pesetas y gloria, su atento amigo y servidor, que tan sinceramente le estima,*

César Borja



MARIA DUPLESSIS

LA Dama de las Camelias, tipo idealizado por la brillante imaginación de Alejandro Dumas hijo, se llamaba la señorita María Duplessis.

MARÍA, si hay necesidad de insistir en ello, era una cortesana, una de aquellas criaturas, que parecen destinadas por una providencia inclemente á llevar consigo la turbación y el vértigo, á causar en el mundo grandes desórdenes de pasión.

No pretendo herir con mano despiadada las debilidades de este risueño pero desgraciado ser, de quien el generoso Acuña hubiera dicho:

Era una flor hermosa  
Que envidiaban las aves y las flores;  
mi deseo sólo es hacer su boceto,  
delinear su figura apasionada  
y simpática, y nada más.

ESTE ángel sensual había nacido para encadenar las voluntades, para poetizar el amor libre. En la Opera, en los Italianos, en el Bosque, en los Campos Elíseos, en todos los sitios del placer de la gran Capital, paseaba María su belleza romántica de *virgen á medias*, sus caprichos, su fiebre; en donde quiera que iba, llamaba la atención pública su frágil y pálida cara de grandes ojos negros sin inocencia, únicos denunciadores de que en ese cuerpo adorable había un corazón ávido de goces y de néctares envenenados. En efecto, era difícil olvidarlas des-

pués de haberlas contemplado aquellas facciones delicadas y atractivas, que tenían algo de infantil y piadoso en medio de la movilidad convulsiva que les prestaba el vicio. Esta singular combinación de contrastes, este aspecto de madona, atraía con irresistible impulso las miradas hácia la joven bella y misteriosa que, en la barandilla de su palco, languidecía en el ensueño del drama y de la noche, y era el símbolo distinguido de la *Venus velada* en el museo del desorden.

SU privilegio de hetaria consistía en cubrir su carne de alcoba, ante los ojos del mundo, con un manto de reserva y dignidad. Esto la hacía superior á sus colegas de perdición y la hace aún acreedora á la sonrisa de benevolencia de la sociedad, pues esa infeliz respetaba, en sí misma, la nobleza de la mujer.

EL más cruel enemigo de una cortesana es el tedio, tris-

te realidad de la vida. Esa ominosa actividad de bazar que cambia de dueño á cada instante; ese simulacro de placer que se vende al mejor postor; la orgía con sus lujos y ruidos fantásticos; el caos muelle y enervante de cachivaches y oropeles de esos rosados aposentos, en que las cortinas, los cobertores, las ropas, todo, está impregnado del *patchouly* que asfixia; el teatro, el café, el baile, los paseos, Bearritz, que es la concha marina de estas nereidas del vicio, nada basta á satisfacer esa sed beoda de goces ardientes y de escándalos nuevos, que queda en los labios cansados de empaparse en todas las heces del placer. En el fondo de la copa artera está siempre el sedimento amargo del fastidio, que la víctima apura sin inmutarse para evitar los sarcasmos que la humillarían al caer con ademán gallardo en la hora suprema, cuando la ramera coronada de las históricas camelias y de

las ínfulas del sacrificio, semeja en los brazos de la muerte, á una flor hollada en el salón de baile . . . . El tedio es el dogal de las pecadoras. María Duplessis sucumbió á ese golpe letal; compadezcamos á la que fué tan sensible y de natural tan bueno, que merece se escriba en su tumba este epitafio: *murió de pena . . .*

MORIR de pena es inconcebible en una cortesana, para los hombres que no han visto en esas desgraciadas mujeres otra cosa que la coquetería del arroyo ó el beso zalamero como la pantera negra de Java, con que resarcen á sus amantes después de jugar con ellos al ratón. Morir de pena es sublime, y venderse en el mercado de la prostitución es abominable; y si con frecuencia hay almas que se cubren de este vilipendio, es por la especie de fascinación horrorosa que hace descender á la paloma hacia la gola impura de

la sierpe; pero, en más de una ocasión, con fuerte aletazo quiebra el pérfido encanto y se remonta á espacios de mirajes elisianos y campiñas de sueño. Bien puede una cortesana morir de pena!

EL gran Víctor Hugo dice que morir por falta de amor es la asfixia del alma. ¿Y amaba la *Dama de las Camelias*? ¿Cabía afecto tan puro, dicha tan inefable, en ese pecho carcomido por goces destructores, en esa conciencia llena de arrugas? Sí amaba esta flor del mal; sí habían palpitaciones generosas en su corazón infeliz: un afecto inmenso, radiante, heroico, hacía la ventura de la mujer desvalida, pero hermosa. El amor es la redención de la cortesana; es su vida, cuando no es su muerte. Por eso mató á María en la primavera de sus años, pero la idealizó con suaves destellos póstumos de gloria. El amor es bastante poderoso para lavar afrentas.

No al cielo cristiano que pueblan ecos blandos y embeliantes de violines tañidos por ángeles graciosos, ni á la mansión empírea de los escandinavos, donde guerreros sangui-narios riñen á espadas por alguna Elena de la tierra, sino al voluptuoso paraíso de Mahoma, lleno de huríes encantadoras, habrá volado el espíritu dulce y sensitivo de la nueva Magdalena que, menos dichosa que la del Cristianismo, sólo halló á su paso por el mundo, abrojos que desgarraron sus piés de peregrina del amor, y en compensación de tan rudo infortunio, la pluma de Dumas que vertió las flores del ingenio sobre su nombre y su tumba. . . .



## EL PAYASO

---

NADIE es más infeliz que él. Pobre hombre que por un sueldo miserable se convierte en el hazmerreir de un público ignorante y descortés. ¡Niño, no recuerdo haber ofendido su infortunio; hombre, me duelo de la triste condición que le abate, del sino adverso que pesa sobre su vida nómada!

PAYASO, no me huyas como medroso perrillo, acércate, que deseo conocer mejor tus desfiguradas facciones! Cuántas veces en el momento de las pal-

madas y de los vítores, cuando en el circo no hay lugar para un alfiler y los espectadores ríen á carcajadas de tus chistes y piruetas, con el pecho herido rebosando en lágrimas, te vas á confundir en la comparsa de artistas indolentes que no ignoran tus penas y que sí contribuyen á reforzarlas! Cuántas veces lleno de zozobras, te lanzas en una serie de saltos peligrosos á riesgo de caer luego muerto de inanición, como símbolo trágico del dolor humano, como muda protesta ante las desigualdades de la sociedad, que paga barato tus burlas sangrientas á su necio orgullo! ¡Cuántas veces fatigado de este ridículo trabajo, te niegas á continuar divirtiéndote á la fascinada concurrencia, y cuántas otras élla te rechaza con silbos y voces injuriosas, á pesar de que insistes en hacerla gozar con tus locuras y desatinos! Ven, simpático amigo de los niños; ven con tu pintarrajeada faz y tus panta-

lones bombachos encarnados; ven brincando alegremente á mis brazos, que están abiertos para todos los desgraciados de la tierra y que sólo niegó á los soberbios!

HACER reír! He aquí el ideal del payaso. Por *hacer reír* caminará sin descanso de una parte á otra del globo, sin otra patria que aquella en que gana más dinero, ni otro hogar que la carpa blanca plantada hoy bajo el clima abrasador del trópico, y abatida mañana por el viento helado de las regiones antárticas. Compadeced al *clown* que en la pista polvorosa hace resonar locamente los cascabeles de la alegría y no insultéis su dolor oculto.

Y SIN embargo, en medio de sus tribulaciones, este hombre estafalario, tiene sus horas de dicha y hasta de legítimo orgullo. Vedlo en la noche de su beneficio, con su flo-tante traje abigarrado y su mueca sarcástica; vedlo rodar

bajo las humeantes luminarias, junto á los palcos en que se agita una muchedumbre lujosa y afiebrada que le aplaude con furor; ved á esta alma humilde, cómo se manifiesta emocionada ante el éxito alcanzado, cómo brotan las lágrimas á esos ojos desmesuradamente abiertos; cómo se encorva ese cuerpo flexible en reverencias súbitas; ved á Lulú, el favorito de la plebe, reír, reír mucho con expresivo gesto cómico; reír sin afectación por la primera vez en su vida. Es la apoteosis del payaso. Jóvenes y viejos, echadle al picadero coronas de vistosas flores!

AL salir del Circo, Lulú, ebrio de gozo, se fué para una taberna; allí le abrazan todos y le felicitan calurosamente. En un golpe de mala suerte perdió sus ganancias del beneficio, y harto de vino y amargura se retiró á su cuarto en un arrabal . . . .

CON el dogal al cuello, amo-

ratado, pero con un resto de jocosidad y de ironía en los labios, le hallaron al día siguiente sus amigos; ya no describirán sus ágiles plantas esas curvas perfectas de la clásica *cueca* junto á la hermosa ecuestre y al son de chillona pandeleta; ya no reirá Lulú, ya no reirá el público, y el viejo de larga barba y de mirada torva, el dueño del Circo, dirá mañana cuando le pregunten por su payaso:

*¡Qué haya un cadáver más,  
qué importa al mundo!*

JÓVENES y viejos, esparcid sobre la tumba de Lulú, coronas de vistosas flores!



## LLONA



¡LLONA! Un hombre que ya no existe, un genio, un nombre que pasa glorioso á los dominios de la historia! . . .

¡OH Cielo! decía Baudelaire consolando á los espíritus que, ebrios de luz, hallan un dejo de ambrosía en la copa de la vida: *yo sé que le guardáis al poeta un lugar de honor.* Llona, pues, como vate de estro sublime, como poeta de verdad, como alma de la Armonía que ha sufrido todas las torturas de las de su regia es-



tirpe, tiene un puesto distinguido en las filas de las santas legiones que abandonaron las sombras de la tierra, centro de mezquindades, por el cielo, trono azul de la suprema calma y patria ilustre de la justicia.

VEMOS las bajas que hace todos los días la Muerte, y aún nos rehusamos á creer en élla! ¿Cuándo nos acostumbraremos á sus horrores? Pero hay cierta piadosa lógica en esta resistencia: para la gente del montón anónimo, se comprende que existe tan cruel anonadamiento; para Llona, poeta de canto homérico y de no menos homéricas desgracias, no se concibe ¿por qué?

LLONA no es ya, no le veremos nunca. Su laúd de oro no resonará con las nobles vibraciones de su numen griego! Sus labios permanecerán fríos é inmóviles! Por la vía que conduce al sepulcro, angosta y yerma, se fué el viejecito de

cabellos amarillos como el sol de los días lluviosos; se fué para no volver, sin tornar los ojos, repletos de lágrimas, al mundo que dejaba y que le había calumniado; se fué cantando versos heroicos á la inmortalidad que le franqueaba sus puertas, y á Dios que le abría sus brazos.

SE acabó el primer artífice del verso en Hispano-América, el único Llona del mundo, el de mi patria, el del Ecuador! Ahora, pueden venir todas las coronas, todos los elogios, que para nada servirán á esa cabeza de águila anciana, desgarrada por agudísimas espinas y víctima de injurias mortales!

ÉL, que llenó el espacio de luz espléndida, en las negruras de la tumba! Aquellas manos que pulsaron la cítara de Píndaro, sin movimiento para siempre! Aquellos labios elocuentes que hablaron la lengua de los dioses, helados por el soplo de la muerte! Esto pa-

rece imposible, ó á lo menos, debía serlo: la muerte de Llona es una ilusión. Tanto amor por lo bello, tanta grandeza sólida, tan alto varón, no pueden haberse anulado sin derecho á la inmortalidad. Su majestuoso busto de Sumo Sacerdote del Parnaso, circundado de inmarcesibles laureles y su serena hermosura antigua, están destinados al relieve de la medalla y á la apoteosis del mármol. ¡Vivirá, ecuatorianos!

AÚN me parece verle en el viejo salón de la Biblioteca Municipal de Guayaquil, como hermano legítimo de los genios que allí están por presencia de sus obras; aún le veo rodeada la frente de resplandores olímpicos, en esa hora de luz de la justicia humana, en que la mano de la hermosura dejaba sobre sus respetables cabellos la diadema del triunfo—bella homicida de los que la han recibido desde el Tasso—; aún le veo abrigado en su gabán gris, indi-

ferente al calor del trópico que todos sufríamos, y como sintiendo él sólo la frialdad de cercana muerte; aún le veo así, cruzar plazas y calles, sonriendo á todos y de muchos no atendido . . . . Llona, el Poeta Nacional, el Mago del Verso, el Viejecito de cabellos amarillos como el sol de los días lluviosos. ¿Nada queda de él, ingratitud y demencia?—Queda la *estela de una vida* fecunda para el Arte, timbre de la Patria.

¡BEFA sangrienta de la suerte á todos los poetas! ¿De qué le ha servido al artista muerto, copiar tantas veces con su pincel de rosa, esa elegante primavera rica de claveles reventones y de hojas verdes y sonoras; si élla con la indolencia de las cosas, le hiere ahora en medio de sus pompas y alegrías, y la tierra lo arrebató del seno de amante esposa para aprisionarlo en su seno duro de madrastra . . . . ?

¡LUSTRE poeta, perdona es-

tas líneas confusas que mi dolor te consagra. Para decir lo que tú fuiste, era preciso el verbo de ese otro Lloná que despidió con frase eterna tus cenizas: Borja! Yo te doy lo que puedo! ¡Adiós, Gran Poeta!



## Las tristes

Quito á 8 de Agosto de 1907.

Señora Mercedes S. de Zaldumbide.

Presente.

Estimada amiga mía:

ENTRE los papeles de mi gaveta íntima he hallado estas páginas que escribí para Ud., después de una amena conversación que tuvimos sobre los caracteres tristes de algunas personas que á Ud. y á mí no son queridas. Desde entonces no he vuelto á ver las presentes líneas, y he experimentado una grata sorpresa al dar con

ellas en el momento menos pensado.

¿Y cómo me atrevo á hablar á Ud. de tristezas si su espíritu rebosa buen humor y es Ud. más alegre que unas castañuelas?—Por lo mismo, Mercedes: ya es tiempo de que Ud. también se vuelva melancólica de verdad: sus penas ahogadas á menudo en una carcajada ruidosa, franca y simpática, piden con razón más respeto de Ud., y es menester que honre el sufrimiento con una noble severidad. Esto no es consejo, es una opinión aislada que Ud. puede seguir ó no, sin que en el último caso amengüe en nada el aprecio que Ud. sabe le profeso.

MI artículo no vale un pito, bien lo sé: pero fué borroneado en una noche de dulce recuerdo, de férvida inspiración, que forma época en mi vida y que deploro no vuelva para mí, porque se fué río abajo, como se va todo: almas, países,

memorias, cuadros . . . . La luna de esa inolvidable noche, la brisa que oreaba frentes y ramas, el canto de las aves y las voces de los corazones, eran otros, tenían una poderosa y sugestiva belleza que los hace únicos. ¿Volverán? Qué vuelvan, sí, aunque sea una sola vez; que vuelvan para que Ud., bella y amable amiga, comprenda el triste encanto de estas hojas!

ALLÀ van *mis tristes*, «cual grupo de mujeres desoladas»; recíbalas en su poético hogar, y si puede, hágalas reír mucho, que al fin talvez se curen de su pena. Mientras tanto, al desprenderme de este amado manuscrito, sólo tengo derecho para exclamar como aquel personaje de *La Bohemia* al despedirse de su gabán:

Fedele amico mío,  
addió, addió! . . . .

Su atento amigo,

*F. J. Falqués Ampuero.*

VENUS dió á Psiquis por compañeras la tristeza y la soledad; vosotras; psiquis de mi tierra, sed tristes, y si no queréis ser bellas, no lo seáis en buena hora; arrojad el mágico talismán de hermosura y simpatía que cubre vuestros cuerpos divinos, pero sed tristes . . . .

LA tristeza es el misterio del espíritu; la tristeza forma una aureola de tenues resplandores sobre vuestras cabezas de ángeles: sed tristes, que tenéis todo lo más bello del mundo: sombras dulces en vuestros ojos picarescos, música del paraíso en vuestras frescas sonrisas, y el ritmo voluptuoso de una estrella en vuestros cuerpos ondulantes hechos á todas las sorpresas de la caricia.

LOS rostros que viven entre suaves penumbras son más atractivos: el cielo es bello más por sus sombras que por sus fulgores. Sed tristes, psiquis del Ecuador; sedlo como

la noche del mar cuando ríela la luna y se mezcla á las pleurias de las almas el majestuoso tumbo de las olas; sed tristes como la doliente melodía de Schubert, como los versos sensitivos de Byron, como esa belleza ideal, indefinible, que persigue la poesía alemana entre las brumas del Danubio.

TRISTES, y para qué, diréis? Hay en la tristeza poesía íntima, embriagadora, seductiva; poesía hija del corazón, que nos inunda de luz, de amor, de aromas celestiales; poesía única encarnada en formas adorables hechas por Dios sobre el modelo impecable de la Venus clásica de Médicis; poesía del Azur, de la ilusión, del recuerdo, de todo lo que, como blanca nube de incienso, sube para esfumarse luego entre los últimos melancólicos crepúsculos del día. La mayor parte de las mujeres célebres de la poesía y de la historia, han sido tristes. Ofelia y Julia de

Etange, Beatriz y Heloisa, la dulce indiana Atala y la Valliere, todas han sentido en sus corazones fiebre de amor, y en sus rostros idealizados por la belleza del estro, esa embelesante nostalgia que baña las frentes soñadoras con sombras de irresistible simpatía. Sed tristes, psiquis de mi tierra, como el cisne que se desliza blanco y melodioso sobre el lago de argento, como la queja del bardo, como la tímida violeta que vive oculta entre la yerba y sólo se denuncia por su blando perfume.

EL pudor que colora vuestras mejillas os hace extremadamente bellas, pero la dulce melancolía que en veces ostentan, os vuelve divinamente irresistibles. Sed tristes así; sedlo siempre, que la tristeza es flor mística de célico aroma, en cuyo virgen cáliz tiembla el nítido rocío de las lágrimas del corazón.

LA tristeza de la ausencia

es pesadumbre que atormenta el alma. ¿La habéis sentido alguna vez? Sí, cuando abandonastéis el rosal pintado y oloroso que matiza la margen de vuestro río, por la pampa yerma del páramo y el cerro abrupto y estéril; sí, cuando quedó vacío por vuestra ausencia el hogar en que se meció la linda cuna de ángel y brillaron los más bellos días de una existencia juvenil; sí, cuando la mano despiadada del destino separó del mismo tallo las dos flores de amor que habían crecido juntas resistiendo tanto tiempo las inclemencias del cielo; sí, cuando todo esto pasó, mientras quedaba atrás, sobre el camino que recorríais contenta y orgullosa del feliz horóscopo de ese día, un corazón hecho pedazos y un pálido recuerdo que se borraría en la distancia . . . . .

SED tristes, hermosísimas amigas, que ya es tiempo de honrar el sufrimiento con una

noble severidad; sed tristes, como queda en el día de la partida, el rosal que borda los cármenes del río que arrulló cuando niño nuestro sueño; como el hogar cuando se apaga la lumbre y se le dice adiós!, como la flor gemela que, lejos de su dulce compañera, dobla la corola para abatirse en el polvo . . . . La tristeza es también redención!!



## LA PLUMA

(Al Sr. Dr. César Borja).

LA pluma es cetro y el escritor rey. El que pone este alto signo del adelanto de los pueblos al servicio de causas desacreditadas, es un ruin enemigo de la humanidad. Servir al Derecho, á la Ciencia y al Arte, es el objeto más noble de un escritor. Voltaire, Oateaubriand, Montalvo, veneraban una pluma porque conocían su inmenso poder.

EL vulgo mira con desconfianza á los plumarios, porque